

# ANTONIO PEREIRA: TODO ES MAS SENCILLO

Jesús Egido

*LA CRÓNICA y la Diputación presentan el próximo viernes en Ponferrada el libro 'El síndrome de Estocolmo'*

EL próximo viernes, a las 8 de la tarde, LA CRÓNICA Y la Diputación Provincial de León presentan en el hotel 'Temple' de Ponferrada el último libro de cuentos del escritor villafranquino Antonio Pereira, *El síndrome de Estocolmo*, un volumen donde se funden las raíces bercianas del gran autor leonés con el cosmopolitismo de países exóticos. La elegancia y la sencillez, junto a cierta sorna cazurra, están presentes en estos relatos publicados en la 'Colección Rectángulo' de la editorial Mondadori, y en los que Pereira huye del barroquismo hacia un concepto literario más depurado, en busca de la simplicidad de lo cotidiano. "Si eligiera un lema sería este: todo es más sencillo, declara Pereira en una larga entrevista donde se confunden su vida y su literatura, que no es nada más que la descripción de sus vivencias tal y como a él le hubiera gustado que sucedieran: con un poco más de pasión ajena a su carácter "conservador, medroso y tranquilo".

LOS vientos del Noroeste, los años, la elegancia y la barba convierten a Antonio Pereira en la reencarnación del mago Merlín. Pereira el encantador: afable, sosegado, oculto de los hombres en su itinerante recorrido desde su casa de Madrid a la de León, con algún salto esporádico a su tierra, Villafranca del Bierzo, donde nació en 1923, un tiempo en el que las distancias eran enormes y los viajeros inusuales.

Cuando se quita el jersey viste trajes de noble culto, con demasiados botones para aceptar la moda, y camisas pulcras de escritor moderno. Ha conocido a Borges y guarda en una carpeta de cartón marrón las citas de una vida, los trozos que ha robado a lecturas continuadas desde que en la infancia mataba las horas y la vista en la trastienda de la imprenta de su padrino.

Pereira suda un Bierzo acogedor y noble, procaz y elegante, mágico y sereno en el que tan sólo flota nebuloso un íntimo complejo de infancia que ha arrastrado durante 65 años: las gafas. "Me colocaron unas gafas a mis 12 o 13 años y esto, que hoy es tan sencillo y tan frecuente, me separaba un poco de todos mis amigos, dedicados a deportes más movidos que los míos. Comencé a hacerme un poco más

retirado, un poco más cuidadoso y quizá eso fue lo que me llevó también a la lectura, agudizó mi sensibilidad -para la cual yo ya venía un poco preparado- y me hizo moverme un poco más en ese mundo de la reflexión que conduce a la literatura".

Entonces el porcentaje de niños miopes era igual al de ahora, pero los padres no les llevaban al médico. Cuando la República, recuerda Pereira, se despertó un intento estatal de emprender campañas higiénicas y sanitarias. "Hicieron una especie de preventorio o dispensario en Villafranca, en el que regalaban unos folletos muy sugestivos a los niños de las escuelas. Uno de ellos decía precisamente: «Si se te cansa la vista/ que te vea el oculista». Y otro referido a las funciones intestinales, que también se me ha quedado grabado: «Si a la misma hora vas/ como un reloj marcharás»".

## **ROJO, AMARILLO Y MORADO**

Hijo de una familia modesta, de madre riojana y padre villafranquino, la ciudad que él vivió en sus primeros años está marcada por los cambios políticos que desembocaron en la guerra. "El primer recuerdo que tengo de aquellos tiempos, a mis 8 años, es la proclamación de la República. Me queda la sensación de que era una noticia mala, porque mi padre fue un hombre absolutamente de derechas y monárquico. Incluso, llegó a concejal monárquico en la oposición". A Antonio Pereira le puede la anécdota: "La consecuencia inmediata de que España dejará de ser una Monarquía y se convirtiera en una República fue para mí un hecho trivial que interesó mucho a mi curiosidad infantil: en la ferretería de mi padre había unas herramientas, las palas tradicionales, que se llamaban «Nacional» y traían la bandera de España junto a la marca; entonces comenzaron a venir con la bandera republicana -roja, amarilla y morada- e, incluso, las que había en la tienda obligaron a repintarlas; mi padre tuvo que sustituir la franja roja inferior por una de color morado que a él tanto le fastidiaba".

Los ecos de la Revolución de Octubre en Asturias y la llegada de la guerra -"un hecho muy triste para todos" - le coinciden en una edad en la que comienza a descubrir el mundo y en la que sus problemas más inmediatos eran los estudios, las lecturas, el hallazgo del encanto de las niñas... Por entonces estudia el Bachillerato en un colegio de la calle del Agua, en la casa frente a la que nació Enrique Gil y Carrasco, regentado por el cura don Manolo Santín, que explicaba todas las asignaturas menos el francés, que lo impartía su hermana Olvido. "Don Manolo escribía en los periódicos de León y en los de La Coruña y andaba siempre tramando una novela que luego presentó al premio Nadal. El caso es que yo terminé siendo prologuista de mi propio profesor para un trabajo que publicó sobre Gil y Carrasco. En la reseña autobiográfica final incluía una larga lista que, generalmente, eran novelas inéditas, a cuyos títulos

acompañaba, entre paréntesis, la coletilla «en espera de un mecenas». Era una literatura decimonónica, sin ningún experimentalismo formal, pero, si hubiera vivido en estos tiempos de mayores medios materiales, algunas de esas cosas se hubieran podido publicar con dignidad".

Pereira fue un escritor precoz, aunque durante largos periodos de su vida mantuvo el silencio creativo, en una especie de Guadiana que aparece y desaparece. "Realmente, mis primeras publicaciones, y lo digo con rubor y fastidio porque los niños precoces son una institución que me gusta poco, datan de cuando yo tenía 12 o 13 años. Quizás en un periodiquito que se llamaba «El Sembrador», editado por la congregación religiosa de los Operarios Diocesanos, unos curas que se dedicaban justamente a administrar los semanarios; no sé por qué aparecieron un día por Villafranca y, como a mí me tenía fichado el obispo de Astorga, don Antonio Senso Lázaro, por ser yo pequeño cantor de los padres Paúles, y estaban deseando llevarme de cura, les mandaba alguna cosa literaria que ellos publicaban. Como es obvio, y se ha visto después, mi vocación no funcionó, sobre todo porque empecé a ser muy sensible a los encantos de las mozas de Corullón, de Vilela y de todos aquellos valles del Bierzo".



Sus aficiones pasionales convivían con las culturales. Un año, para Reyes, pidió una imprentilla. "Tiene una explicación: la imprenta ha sido siempre para mí una especie de templo con una atracción tremenda. Siento mucho que estén cambiando los procedimientos de impresión relativos a las artes gráficas. Pero hasta hace muy poco, en cualquier ciudad del mundo que yo visitara, iba por las calles y las plazas, olía una imprenta a muchísima distancia y me acercaba a ella enormemente atraído. La causa está muy relacionada con mi literatura. Mi tío y padrino se llamaba Tomás Nieto y era impresor en Villafranca, propietario del único negocio de este tipo existente entre Ponferrada y Lugo, que es una distancia bastante amplia. Este hombre, enormemente taciturno, que a lo largo de su vida no habló conmigo más de tres veces, me toleraba y aceptaba, sin importarle que yo estuviera en su trabajo, viendo cómo funcionaba aquello. Como además tenía la librería, yo me pasaba las horas metido en la trastienda y es imposible imaginar hoy cómo había esos libros en la imprenta de Villafranca. Aparte de que allí me leí a todos los novelistas famosos del siglo XIX, en aquella colección de 'Novelas y Cuentos' en la que cada ejemplar costaba entonces 30 céntimos; de que me leí a Valle-Inclán -me apasionaban enormemente las

Sonatas-, conocí también a Vargas Vila, que era un hispanoamericano con un estilo modernista, lleno de lampadarios y nenúfares que me influyó muchísimo. En la imprenta de mi tío, cuando yo tenía 12 o 13 años, leí los Cantos de Maldoror, del conde de Leautreamont. Mi propio tío, que era un hombre muy callado, iba a esperar los periódicos a una ladera desde la que se veía la llegada del tren que venía desde Toral de los Vados con las sacas del correo; él, mientras aguardaba, siempre tenía algún libro entre manos; era un gran lector. Creo que el último que le vi eran Mis prisiones, de Silvio Pellico, de manera que realmente había allí una razón para que yo pidiera una imprentilla de juguete a los Magos. Además, en la imprenta de mi tío se hacía un semanario de cuatro páginas que se llamaba 'La Parroquial Berciana'; no sólo tenía cuestiones de tipo religioso y pastoral, aunque el párroco anunciaba en él las novenas y los funerales, sino que incluía trabajos de cierta intención literaria y yo colaboraba no sin amargura tipográfica: por ejemplo, en Villafranca vivía un poeta romántico de barba venerable que a mí me parecía mayorcísimo, que era don Antonio Carvajal Álvarez de Toledo, abuelo de la esposa de Cristóbal Halffter; él escribía sobre todo sonetos que, 'En la Parroquial', eran reproducidos con una hermosa orla que confeccionaba mi tío, mientras si incluían un poema mío carecía de esos oropeles y a mí me entristecía un poco".

Antonio Pereira habla con tono pausado y profundo, como si las palabras fueran escritas en el aire. Tras las gafas, los ojos se hacen más pequeños, pero encierran la vida de la magia blanca. Merlín vive perdido en el vientre de una montaña que nadie ha descubierto y Pereira ha encontrado sus ojos y saborea el recuerdo: "Cuando acabé el Bachillerato, por entonces terminaba la guerra civil. Me encuentro en los comienzos de una posguerra muchísimo más desorientadora y productora de perplejidades que la propia guerra. Estuve a punto de ir a la Universidad de Barcelona, donde quizás -sin tener muy clara la vocación- me hubiera inclinado por el Derecho. Pues bien, no fui y, estando en Villafranca, apareció en el Boletín Oficial una de aquellas oposiciones rápidas que daba la oportunidad de hacerse maestros nacionales a combatientes de la guerra, pero en uno de los artículos permitía adherirse a aquella oportunidad al resto de los estudiantes. Entonces me vi en León, a mis 17 años, estudiando en un curso la carrera de Magisterio; llegué en noviembre y en mayo me dieron el título de maestro nacional, profesión que no he ejercido nunca. A partir de ahí empezó a interesarme el comercio, porque de alguna manera me atraía mucho la literatura e intuía que en aquel mundo -me estoy refiriendo a la ferretería de mi padre en Villafranca- aparecían unos tipos, todo el paisanaje de aquellas montañas, junto con viajantes procedentes de Bilbao, de San Sebastián, de Barcelona... en unos tiempos en los que

no era frecuente ver viajeros, de manera que nos gustaba ver viajantes; por supuesto, no había turistas. Yo mismo pensé que sería bonito aquello de marchar por pueblos y ciudades en una doble función de llevar un muestrario, como aquellos señores, pero al mismo tiempo ver los paisajes, las iglesias, a las gentes y esa maravilla que aún sigo amando que son las fondas; a mí me gustaría siempre vivir de fonda. El mundo de los trenes, de las fondas y de las gentes me atraía enormemente. Comenzó a gustarme el comercio al por mayor en la faceta de viajante y empecé una vida de recorridos, a mi aire, por plazas de Galicia, como el Barco de Valdeorras, Monforte de Lemos, Sarria, en un itinerario de ferreterías en las que vendía pilas de linterna, bombillas y cosas así de bonitas. Era muy hermoso, porque llegabas al Barco de Valdeorras y, aparte de visitar clientes, veías las cosas que había que ver por el pueblo. Y por la noche acudía uno al café cantante, donde a lo mejor las artistas paraban en la misma fonda que los viajantes. Lo que ocurre es que me enfrentaba a una pequeña dificultad, y es que a veces atendía más a lo literario que a lo comercial. Me refiero a fijarme en las cosas y escribirlas. También tenía una especie de presunción bastante estúpida, pero comprensible a los 19 años, de que si llegaba a Monforte o Ribadavia, iba a un comercio y estaban allí las niñas monas del dueño, me daba vergüenza insistir sobre los productos, por lo que jugaba más bien una especie de papel de poeta o don Juan y, claro, no me compraban nada, por lo que se resentía mucho ese mundo de mis negocios. Luego pensé que, aparte de ser viajante, podía organizar yo todo ese tinglado comercial de modo que tuviese mis propios viajantes y me dediqué al mundo de la empresa, pero siempre con una visión creadora. Todo lo que he hecho en el mundo empresarial tiene muchísimo que ver, de una manera soterrada, con la creación literaria".

A Merlín le perdió una mujer a la que enseñó su ciencia. A Pereira, más afortunado, le salvó una mujer de Jaén, Úrsula. "He tenido más amigas que novias y más compañeras y confidentes que éxitos amorosos, porque mi gusto por hablar y por escuchar contribuyeron mucho a que determinadas mozas, de las cuales yo hubiera podido tener mayores complacencias, terminaban siendo como una especie de hermanas y quedaba convertido en un paño de lágrimas al que venían a parar muchas cuitas amorosas de las cuales yo hubiera preferido ser el protagonista; me quedaba siempre en una especie de confesor o de consultorio sentimental".



Cuando se traslada a León para abrir ese nuevo campo de negocio ferretero con red propia de viajantes, se encuentra con la revista 'Espadaña' de poesía en pleno funcionamiento y plenitud. "El ámbito de León es pequeño y termino por conectar con don Antonio González de Lama; entablé una excelente amistad con Castro Ovejero y, por supuesto, con Crémer, con el jovencísimo Gamoneda, con Luis López Anglada, con Eugenio de Nora. Ciertamente publiqué poemas en uno de los últimos números de la revista, pero 'Espadaña' no era sólo la publicación, sino también la amistad, aquellos encuentros a última hora de la tarde, aquellos paseos por Papalaguinda con todos aquellos amigos...".

Su primer libro saldrá más tarde, cuando Antonio Pereira supera ampliamente los 30 años, porque "todo lo que yo-he sido de precoz en publicar cosas sueltas lo he sido de perezoso para reunir la obra en libro. Es cuando empiezo a viajar a Madrid y conozco a poetas en el café 'Gijón', como Pepe García Nieto. Fue tras un premio que obtuve en un certamen de Palma de Mallorca convocado en homenaje a Fray Junípero Serra, momento en el que también pude conocer a Camilo José Cela. Trabé contacto con Luis Jiménez Martos, director de la colección 'Adonais', y él publicó mi primer volumen de poesía, *El regreso*; a partir de ese momento ya no dejé de sacar libros con una cierta periodicidad, porque inmediatamente apareció en 'El Bardo' *Del monte y los caminos* y, más adelante, *Dibujo de figura*. Fue por entonces cuando surgió mi interés por el cuento como género literario".

Pereira había escrito un cuento de Navidad en los años 50 publicado en el 'Diario de León'. Luego realizó alguno más, pasado algún tiempo, para 'La Estafeta Literaria' y alguien le propuso reunir todos los que tenía, para enviarlos al 81 Premio Leopoldo Alas, que por entonces constituía el galardón más preciado para los autores de libros de cuentos; entre los ganadores figuraba Vargas Llosa, por ejemplo. Pereira elige el título de *Una ventana a la carretera* para recopilar algunos de sus relatos. Aparte de la buena acogida de crítica y público, se lleva el Leopoldo Alas, "lo que me animó mucho a seguir con este género que luego he continuado, sin olvidar la poesía Y alguna incursión en la novela", como la primera y más exitosa, *Un sitio para Soledad*, que terminó en la popular 'Colección Reno' y a punto de ser llevada al cine. Razones editoriales le llevan a convertir en narración larga una serie de relatos con el título *La costa de los fuegos tardíos*, que para Pereira es una experiencia relativamente fallida. "De este pecado me curé rápidamente escribiendo otra verdadera novela que se llama *País de los Losadas*, aparecida en unos momentos de desorientación, fruto de la transición política, que restaron divulgación al libro, por lo que sería conveniente reeditarla para una mejor consideración".

## ESCRITOR CIVIL

El crítico literario Santos Alonso define a Pereira como un escritor civil, sin reminiscencia alguna en el adjetivo al recuerdo de la guerra civil, sino a la preocupación por lo cotidiano. "Creo que a Santos le puede haber venido esa inspiración por el hecho de que yo he escrito un libro que se llama *El ingeniero Balboa y otras historias civiles*, y me parece que en el prólogo trato de explicar el por qué de esta denominación", que trata de separar, por exclusión, el carácter temático de lo militar y lo eclesiástico. "Yo creo mucho en lo cotidiano. Hay un verso de Laforgue que dice: «Ah, que la vida es cotidiana». Eso es verdad y profeso la idea de quien ha dicho pinta a tu pueblo y pintarás el mundo; pinta a la gente que te rodea y pintarás a la humanidad. Ciertamente, en mi narrativa hay un gran ingrediente de ironía, pero siempre teñida o aliñada de ternura, de manera que jamás he llegado al sarcasmo o al desdén por las personas".

En esto influye también su elegancia mágica, fundamentada en las "buenas maneras, que no estorban en absoluto. Siempre he procurado ser un hombre cortés y eso hoy choca un poco. Soy de los que me levanto del asiento para saludar a una señorita, porque me gustan las cortesías antiguas y si voy a un sitio y alguien me dice bienvenido, siempre contesto bienhallado, que es lo que les he oído toda la vida a mi padre y a mi madre. Esa mínima cortesía que vi siempre es la que me da el título de elegante, algo que no me siento; sí cortés. Además, me gusta una cierta calma, serenidad y aplomo que pueden dar esa impresión".

La cortesía, lo cotidiano y la elegancia de Pereira saltan continuamente de un universo particular, próximo a su tierra, a otro universal, cosmopolita, exótico. "He viajado muchísimo con la fantasía y mucho con los pies. Y cuando veo mejor iluminado a mi país y a mis gentes es en la lejanía. Estuve en el Nepal, país que me fascinó e interesó más que la India, Y recuerdo que vi a un señor igual que Adolfo de Ambasmestas, que iba por la ferretería de mi padre; esta historia me sirve para escribir *Los brazos de la y griega*. En *El síndrome de Estocolmo*, en el cuento *Palabras palabras para una rusa*, cuando llega el momento de la conquista definitiva de la rusa que está bailando conmigo, la duermo, la enamoro y la encandilo con unos versos de Victoriano Crémer que dicen: «qué cercano a las nubes este límite de fuego/ bajo la bóveda sombría arde la catedral». Qué catedral es, pues la de León".

Y la rusa cae en brazos del mago, de Merlín, de Pereira, que ha escrito siempre las historias vividas por él tal Y como le hubieran gustado que ocurrieran. "Muchas de las cosas que yo cuento como vividas son episodios que yo hubiera querido vivir, de manera que algunos aspectos de mi narrativa son una revancha a las limitaciones que me ha impuesto cierto carácter conservador, medroso y tranquilo. Determinadas

aventuras que no me he atrevido a realizar prácticamente, lo hago por medio de las narraciones".

Y junto a la vida, el estilo, la constante manía por depurar la forma, buscar la palabra precisa, construir elipsis. "No soy un investigador literario, sino un practicante convencido. Lo que más estimo de la literatura es lo que está más cerca de la simplicidad. Si eligiera un lema sería este: todo es más sencillo, y algo que ahora no me gusta nada es el barroco. Disfruto porque mis textos aparezcan cada vez más sencillos y más simples o cuando, en todo caso, saben ocultar pudorosamente los medios con que se han realizado".

Es también ese pudor y el universalismo lo que le han llevado a ocultar su mundo tras ese noroeste peculiar que bascula hacia la Galicia de Prisciliano y Cunqueiro, la Asturias de Clarín, la Sanabria del San Manuel bueno y manir de Unamuno, el Bierzo y el paseo de Papalaguinda de León, pese a que estas referencias geográficas no estén presentes en *El síndrome de Estocolmo*, su último libro publicado por una de las editoriales más potentes de Europa, Mondadori. "Lo escribí hace bastante tiempo, aunque lo he reescrito porque había pensado en una obra intermedia entre el cuento, las memorias y el libro de viajes. Como eso no funcionaba, lo rehíce para convertirlo en cuentos y, una vez que lo tuve terminado, tras varios tanteos editoriales tuve la suerte la que a Mondadori le pareciera bien, apostara por esta obra y la incluyera en una colección, 'Rectángulo' de agradable formato".

Ese retomo de lujo vaticina un futuro esperanzador para Pereira. De momento prepara la publicación de una selección de sus mejores cuentos, en una edición con proyección estudiantil. Aparte, prevé la reedición de su novela *País de los Losadas* e, incluso, de *Los brazos de la Y griega*.